

de borrar por sí solo todas las malas impresiones que habian dejado en Francia los ministros de la santa Sede, mientras duraron las turbulencias de la liga. Era este prelado dechado de prudencia y moderacion, de una dulzura y afabilidad que le grangeaban todos los corazones, conciliador hábil, y siempre contenido en los límites del verdadero celo. No tuvo dificultad un negociador de este carácter en adquirir la confianza de Enrique, y solo usó de ella en beneficio de la Francia. Atribúyese principalmente á su prudencia y destreza la solucion de las innumerables dificultades que se encontraban en las pretensiones tan opuestas de los partidos que se trataba de conciliar. Despues de haber disputado mucho tiempo los españoles sobre conservar alguna cosa de las conquistas que habian hecho en territorio francés, concluyóse por último que se devolviesen todas las plazas tomadas por una y otra parte, y que volviese todo al estado que tenia antes de la guerra. Concedieron á Enrique la facultad de dictar las condiciones al duque de Saboya, el cual habia querido aprovecharse de aquel rompimiento para engrandecerse á espensas de la Francia; y por un efecto de su gratitud al Papa, le constituyó árbitro en esta materia. Por respetos á Roma y personalmente al legado, cuyos buenos officios merecian este miramiento, difirió Enrique hasta despues de su salida la publicacion del edicto que se habia formado ya á favor de los religionarios (1).

(1) *Thou*, l. 122. = *Davil*, l. 4.

Este es el famoso edicto de Nantes, á cuya ciudad habia ido el Rey en 1598 con el objeto de pacificar la Bretaña. Concedianse por él á los hereges casi todos los privilegios arrancados con violencia á los Reyes anteriores, y aun algunos nuevos artículos relativos á las circunstancias de aquellos tiempos. Mas debemos no poner en olvido los apuros del Monarca, á quien los sectarios tenian, por decirlo así, puesto el puñal al pecho, y en peligro próximo de volver á abismar el reino, usando de mas tesón, en los disturbios y calamidades de que apenas acababa de verse libre. Habian abandonado el ejército real los gefes del partido, Roan, Bouillon y la Tremouille, con una desercion que podia pasar plaza de un atentado contra el trono; y habiéndose retirado á sus gobiernos, fomentaban las preocupaciones de los hugonotes y el furor de los ministros. Examinado, pues, el edicto de Nantes con arreglo á los primeros principios del derecho de magestad y de legislacion, era radicalmente nulo, como arrancado con violencia á un Príncipe que en vez de dar la ley á sus vasallos la recibia de ellos. No pudo por la misma razon obligar á los sucesores de Enrique IV, sino con respecto al tiempo en que creyesen que su observancia importaba á la tranquilidad pública y al bien general del reino.

Comprende noventa y un artículos públicos, y cincuenta y seis secretos, que nunca han sido registrados. Toda la preferencia que concede á los católicos redúcese á que puedan egercer su Religion en

todos los sitios en que está permitido el ejercicio del calvinismo, cuya ventaja no es recíproca para los calvinistas, supuesto que se limita á ciertos lugares. Imponer igualmente á los sectarios la obligación de conformarse con la policia exterior de la iglesia romana, de no trabajar en los dias festivos, de pagar diezmos, de contribuir con las demás cargas de los feligreses, y de abstenerse de toda irreverencia de obra y de palabra contra las ceremonias eclesiásticas. Ordena por lo demás que disfruten todos los derechos civiles de los católicos; que se les admita á todos los empleos; y que para administrarles justicia haya en cada parlamento una cámara compuesta por mitad de jueces católicos y de calvinistas. Concédense tambien á sus ministros privilegios de estado, y señaláseles sueldos. Permite al partido la libertad de celebrar asambleas generales, pero en los tiempos y sitios señalados por el Príncipe y con asistencia de los comisionados que nombre; como igualmente la de exigir todos los años una suma entre ellos mismos para atender á sus necesidades comunes. Es digno de observarse que se les concedian por ocho años plazas de seguridad, con permiso de nombrar ellos mismos sus gobernadores, y obligación por parte del Rey de entregarles anualmente ochenta mil escudos para pagar á las guarniciones. Aunque es verdad que de esto no se hizo mencion en los artículos generales ni en los particulares. Opúsose el clero á que se registrase este edicto, y le reprobó en tales términos el parlamento, que despues de muchas órdenes inútiles

no se le dió curso hasta el año siguiente en virtud de un decreto el mas absoluto del Monarca.

Al observar esto el clero pidió la publicacion del concilio de Trento, el restablecimiento de las elecciones eclesiásticas, y la supresion de las pensiones laicas sobre los beneficios, y de otros muchos empleos profanos de los bienes de la Iglesia y en particular de los monasterios. La peticion hecha á causa del concilio sirvió por lo menos para manifestar que no se miraba como legitima la publicacion egecutada en París, cuando dominaban los comuneros. Enrique poseía el arte de saber desembarazarse en las circunstancias en que no podia tomar otro partido mejor, y dió acerca de este artículo y de todos los demás una respuesta que cerró los labios á todos los oradores, y á lo menos le dejó respirar por algun tiempo. „Mis predecesores (les dijo) os han dado palabras, y nada mas; pero yo con mi casaca llena de polvo obraré. Aunque me veis con esta ropa parda, sabed que en lo interior soy todo de oro.” No le molestaron mas, y quedó tranquilo por una temporada.

37. Cuatro meses despues del tratado de Vervins, concluido á 2 de Mayo de 1598, murió el Rey de España Felipe II á 13 de Setiembre del mismo año, que era el cuarenta y tres de su reinado y el setenta y dos de su edad. Príncipe generoso, católico, sábio, y de tal firmeza en los reveses de la fortuna que pocos le habian igualado en esta parte. Tuvo el singular mérito de haber preservado casi todos sus estados, aunque derramando sangre, de los horribles estragos que

causaban las heregías en casi toda Europa. Padebió crueles dolores en su última enfermedad; pero humillóse ante el Todopoderoso, manifestando una resignacion cristiana, y dando todas las demás señales de religion que debian esperarse de su ánimo piadoso (*). A este Príncipe sucedió su hijo Felipe III.

38. Tuvo Enrique IV por el mismo tiempo una enfermedad que á los principios se creyó igualmente peligrosa que la de Felipe. No dió por espacio de dos dias ninguna esperanza de vida. Abandonábanse ya todos á un dolor inconsolable, cuando con el restablecimiento casi repentino de su salud sucedió al desconsuelo público una alegría no menos espresiva. Mas la viva imágen del horroroso estado en que hubiera podido volver á caer la Francia por no tener hijos el Rey, y porque los demás Príncipes ó sus facciones solo eran á propósito para despedazarla, habíase profundamente grabado en todos los ánimos. El Rey, unido por los vínculos del matrimonio con Margarita de Valois, vivia en cierto modo sin esposa, y por consiguiente sin esperanza de posteridad. Esta circunstancia no contribuía poco á fomentar el espíritu de faccion entre los grandes: y los que eran

(*) No pueden reducirse á la estrechez de una nota las memorias necesarias para formar la debida idea del reinado del gran Felipe II: por donde hemos creído mas conveniente reunir las todas en un apéndice que daremos al fin del tomo, en el que podremos estender con mas facilidad los principales sucesos, y pintar mas por entero el carácter de los ilustres personajes de todos estados que florecieron en nuestra España en aquel siglo verdaderamente de oro.

verdaderamente franceses, y especialmente Sully, instáronle á que tratase de la disolucion de un matrimonio que, teniendo solo las apariencias de tal, quitaba á los franceses el consuelo de ser gobernados despues de sus dias por un hijo suyo. Reducíase todo á dar una sentencia de divorcio, que ya tiempo existia de hecho entre los dos esposos, que, unidos con violencia en medio de los horrores del dia de San Bartolomé, abandonáronse despues, cada uno por su parte, á los vergonzosos escesos inseparables de un enlace contraído bajo tan funestos auspicios. Margarita, poco sensible al honor de la diadema, despues de haber hollado el de su sexo, no tuvo dificultad en consentir en la separacion, y convenidas las partes todo lo demás se redujo á mera formalidad. Fundóse la disolucion del matrimonio en la falta del libre consentimiento para la union recíproca, y en el parentesco en tercer grado, cuya dispensa se tuvo por nula, como que no la habian pretendido los conyuges. El Rey, libre de estos lazos, casóse con María de Médicis, Princesa de Toscana, que, habiendo cumplido ya los veintiseis años, daba esperanzas de una pronta fecundidad; y en efecto á los nueve meses de matrimonio nació el sucesor de Enrique el Grande.

39. Tomó el hábito poco despues de este feliz suceso en el convento de las fuldenses de Tolosa, Antonia de Orleans, hija de Luis, duque de Longueville, viuda de Carlos de Gondi, marqués de Belle-Isle, recomendable, no solo por su hermosura, sino

tambien por su talento. Formó y realizó esta resolución sin noticia de sus parientes: opúsose con arrojo á todas las instancias y esfuerzos hechos para sacarla de aquella casa. Trascurridos siete años, fue necesaria una orden absoluta del Sumo Pontífice para que se trasladase á la abadía de Fontevault. Mas mirando siempre con los mismos ojos las humillaciones y las austeridades de la penitencia fundó en lo sucesivo el convento de las religiosas benedictinas de la regla primitiva, esto es, de la congregacion de Santa María y Santa Escolástica del Calvario. Comenzó la fundacion en el convento de Poitiers, donde murió la fundadora á los seis meses en olor de santidad.

40. Dilatado por todas partes el espíritu de reforma, ó para hablar con mas propiedad, el espíritu de celo y fervor que habia resucitado el santo concilio de Trento, vióse á los religiosos trinitarios en España, dirigidos por el padre Jnan Bautista de la Concepcion, unir con los trabajos consiguientes á la redencion de cautivos, todas las austeridades de su antigua regla, y añadiendo á ellas las prácticas humildes de las órdenes mendicantes (1). Esta congregacion de trinitarios descalzos, cuyo nombre ha conservado siempre, tuvo al principio dos provincias gobernadas por un vicario general. Habiendo establecido despues hasta seis provincias, tres en España, y otras tres en Italia, Alemania y Polonia, permitióle el Sumo Pontífice elegir un vicario particular. Hay tambien trinitarios descalzos en Francia;

(1) *Herm. Hist. de las Ord. Relig. l. 3. c. 45.*

peró esta segunda reforma, principiada en Roma en el convento de San Dionisio por el padre Gerónimo del Santísimo Sacramento, é introducida despues en Provenza, quedó sujeta al general de París.

41. Principió por el mismo tiempo (1) el instituto religioso de la tercera orden de San Francisco, diferente de la antigua confraternidad del mismo nombre, compuesta de personas legas de ambos sexos que se reunian á orar con mas fervor, y alentarse mutuamente al cumplimiento mas exacto de las obligaciones del cristianismo. Propagóse rápidamente por Italia esta nueva orden, y llegó á ser tan numerosa que se dividió en diez y seis provincias, sin contar la de Flandes agregada á ella. Diéronle por esta razon un general particular que reside en Roma. Las de España, Portugal y Francia quedaron sujetas al general de toda la orden de San Francisco. En Francia, donde tienen estos religiosos sesenta y tres casas, y se intitulan de la rígida observancia, tuvieron por reformador al padre Vicente Massare, parisiense, que estableció su primer convento en la aldea de Francoville, distante algunas leguas de París.

42. El jubileo secular, celebrado con la mayor pompa en el año 1600, demostró que las naciones cristianas no habian perdido aun los sentimientos respetuosos debidos á la santa Silla apostólica; y que ésta se hallaba adornada de unas virtudes capaces de escitar la veneracion de las naciones cristianas, y de

(1) *Herm. Hist. de las Ord. Relig. = Mar. Veson. Annal. Tert. Ord. S. Franc.*

producir una emulacion saludable aun entre los infieles. Fue tan prodigioso el concurso de peregrinos, que en el hospital de la Trinidad llegó la lista á quinientos mil, sin contar los que habia en los hospicios de las varias naciones, en los diferentes conventos y en las casas particulares. Juzgaron que entre todos ascendieron á tres millones en el discurso del año. Contáronse dos mil solo en el dia de Pascua. Fueron tambien los mas numerosos los de Italia, como que eran los mas inmediatos, y despues los franceses, que llegaron á tres mil. Causó esto tanta alegría al Papa como confusion á los enemigos de la Francia, quienes pretendian persuadir que esta nacion era del todo herética. Tambien concurrieron personajes de la mas alta gerarquía, contándose entre otros al duque de Baviera en traje de peregrino, y á los duques de Bar y de Parma. Causó singular admiracion entre los prelados de primer orden el cardenal Andrés de Austria, que anduvo las estaciones desconocido y confundido en medio del tropel obscuro de extranjeros. Mas habiéndolo sabido el Papa, dispuso que le buscasen y le llevasen honoríficamente al palacio pontificio, donde poco despues encontró aquel piadoso cardenal el término de su vida, y la recompensa de su humilde piedad. El Sumo Pontífice quiso ausiliarle por sí mismo, y para mayor consuelo del enfermo, celebró en su cuarto el santo sacrificio de la misa, antes de administrarle el Viático.

43. Concurrieron por efecto de curiosidad algunos turcos y muchos hereges, de cuyo número dicen

que fue el duque Federico de Wirtemberga. El deseo de hallar que morde en la prelación romana, observándola de cerca, influyó, como es de presumir, en la determinacion de muchos de ellos. Pero pronto mudarian de opinion al ver, no solo á los cardenales mas distinguidos, sino al mismo Papa, á pesar de su avanzada edad y de sus enfermedades, lavar los pies á los peregrinos mas pobres, besarlos con un respeto religioso, como á miembros de Jesucristo, ausiliar con una liberalidad y con una magnificencia inagotable á los innumerables indigentes, servirles á la mesa, dirigir á cada uno de ellos palabras de benevolencia y de consuelo, atender con paternal cariño al alivio de sus incomodidades, y aun á su recreo. Y en cuanto á los obispos y sacerdotes estrangeros, vióseles adornar y proveer unas casas capacísimas, donde se les daba hospedage, alimento y todo lo necesario. Además de estos cuidados en beneficio de la salud del cuerpo, desplegó el infatigable Pontífice tanto celo por la salvacion de las almas, que se sentó muchas veces en el confesonario, como pudiera haberlo hecho un clérigo particular. No dejó de andar, á pesar de tantas ocupaciones distintas, sesenta veces las estaciones en el discurso del año, aunque solo se prescribian treinta para los romanos y quince para los estrangeros. Los cardenales y los demás prelados romanos, á instancia y sobre todo á egemplo del Pontífice, parecia que no tenian otra ambicion que la de escederse unos á otros en todo género de buenas obras.

44. Tan asombroso espectáculo, no desmentido mientras duró el jubileo, trocó en admiracion la curiosidad de los infieles y la malignidad de los hereges. Pidieron y recibieron el bautismo muchos turcos. Gran número de protestantes, indignados de las calificaciones calumniosas de Anticristo y de Babilonia que daban de continuo sus predicantes al Pontífice y á la santa Silla romana, lloraron su ceguedad pasada, abjuraron con execracion la heregia que inspiraba semejante furor, y procuraron con todo esmero distinguirse entre los hijos mas dóciles y virtuosos de la iglesia romana. Fue de este número Estévan Calvino, pariente del heresiarca. Administróle por sí mismo Clemente VIII el sacramento de la confirmacion, le trató de todos modos como á su hijo, y atendió con larga mano á su subsistencia habitual. Entró despues Estévan en la religion de los carmelitas descalzos, donde mostró siempre una fe y una piedad sincera, dando pruebas de gran prudencia en los empleos que le confiaron, y murió santamente.

45. Vióse en este mismo año un espectáculo de distinta naturaleza, que cedió en descrédito de la impostura, contribuyendo al triunfo de la religion Plessis-Mornai, el sábio del hugonotismo, y tan rígido hugonote, que al punto que supo la conversion de su Rey, á quien habia hecho grandes servicios grangeándose su afecto, abandonó la corte. Aspirando Mornai con ánsia á otro género de celebridad, quiso tambien hacer papel entre los doctores, é imprimió un libro acerca de la misa y de la Eucaristía,

escrito con elegancia, pero lleno de pasages de los santos padres, alterados, truncados, citados en sentido contrario, falsificados y corrompidos de todos modos. Mornai, que era demasiado hombre de bien para hacer de propósito deliberado el papel de falsario, no habia tenido la delicadeza ni la prudencia necesaria para verificar los extractos de sus ministros impostores, y los habia insertado en su obra sin ningun exámen. Luego que vió la luz este libro, alzaron el grito los doctores ortodoxos tratando á su autor de embustero y descarado. El sábio obispo de Evreux, Perron, tan versado en la lectura de los santos padres y de los antiguos doctores, obligóse á demostrar que habia en él mas de quinientos testos falsificados. Pecando Mornai por demasiada confianza, retó á sus antagonistas, dirigió un recurso al Rey para que compareciesen con él en presencia de su Magestad y de árbitros instruidos, que debian elegirse entre los católicos y protestantes á fin de examinar y decidir si las citas eran verdaderas ó falsas. Pero no duró mucho esta arrogancia, porque Enrique, naturalmente alegre, y picado sobre todo de la curiosidad de ver al gran Mornai en aquel nuevo campo de batalla, mandó venir á los dos campeones á Fontainebleau, donde se distraia por algun tiempo de las sérias ocupaciones del gobierno. Mornai, que tanta seguridad mostraba al principio, opuso mil dificultades luego que se acercó el momento de llegar á las manos, así sobre el método de la conferencia, como sobre la eleccion de las materias que habian de tratarse en

ella; de suerte que parecia aspirar solo á encontrar efugios para evitar el combate. Y fue tal su confusion, que le faltó poco para desaparecer sin despedirse del Rey. Bastaron apenas las instancias de sus contrarios, los cuales no podian llevar en paciencia una fuga tan vergonzosa, para obligarle á presentarse en la arena.

Preparado todo, y estando los dos campeones en medio de un concurso de cerca de doscientos curiosos, principió el Rey con la declaracion de que no tenia ninguna duda acerca de la verdad de su fe y de la santidad de su Religion. Añadió que no era su ánimo que se controvertiese ningun dogma católico, sino que se examinase únicamente la autoridad de los pasages citados por Mornai. Perron elogió la prudencia religiosa del Monarca, que á egemplo de Constantino y Teodosio temia poner la mano en el incensario, y despues declaró que por su parte no aspiraba á un vano triunfo sobre un antagonista respetable, y al cual veneraba con sinceridad, sino que solo se proponia manifestarle la impostura de aquellos á quienes habia creído sobre su palabra. Presentadas, pues, las obras de los santos padres y de los antiguos doctores, cotejaron los pasages que de unas y de otras se habian insertado en el libro de Mornai. Por lo respectivo á los dos primeros textos citados de Scoto y de Durando acerca de la Eucaristía, pronunció el canceller, en vista de la sentencia de los árbitros, que Mornai habia tomado las objeciones por las soluciones. Declararon que el tercero y el cuarto citados de San Juan Crisóstomo, y el quinto de San Gerónimo,

acerca de la invocacion de los Santos, estaban truncados. Que el sexto sobre la adoracion de la cruz, atribuido á San Cirilo, no estaba en las obras de este padre; y que otros dos de San Bernardo relativos á la Santísima Virgen, se veían reducidos á uno solo, resultando alterado todo el sentido. En una palabra, que un lugar de Teodoreto, citado como contrario al culto de las imágenes, habia sido empleado por aquel padre, no contra las imágenes de los cristianos, sino contra el simulacro del paganismo.

Esta primera discusion duró cerca de seis horas: y su Magestad dispuso que se difriese hasta el dia siguiente; mas el valor de Mornai, tan vacilante antes de esta prueba, estaba ya del todo abatido. La vergüenza y el disgusto que sucedieron á una aplicacion y estudio violento, produjéronle vómitos continuos y una agitacion convulsiva en todos los miembros, de que resultó una enfermedad aguda que terminó las conferencias. Ordenó que le trasladasen á Paris con pretesto de restablecerse allí mejor, ofreciendo que volveria á continuar las sesiones. Mas apenas regresó la corte á aquella capital, retiróse sin hablar palabra á su gobierno de Saumur. Publicó no obstante un escrito, ya fuese obra suya ó de algun sectario mas osado, que quisiera autorizarse con su nombre, en el que se negaba en parte, y se desfiguraba enteramente lo que habia ocurrido en una asamblea tan numerosa y respetable. Publicáronse, con el beneplácito y aprobacion del Monarca, las actas de la conferencia, y el canceller certificó su verdad del modo mas auténtico.